

¡Eso qué importa! Ama á su prometido, ó por mejor dicho, su prometido le gusta, lo que es muy diferente, pues hay que recordar lo que mucha gente no sabe: la jóven ignora siempre la vispera de su casamiento si verdaderamente ama al hombre que va á ser su esposo. Lo más pronto que puede saberlo es al dia siguiente. ¡Oh! aquel dia, volveremos á hablar de él como podeis comprenderlo. El dia siguiente del matrimonio es la génesis de la mujer.

Habreis tenido, caballero, ocasiones de asistir á algunas bodas de la aristocracia, de la clase media y hasta del pueblo bajo.

Hay más ó ménos lujo, más ó ménos gente, pero la impresion siempre es la misma. En el fondo es triste, trasciende á sacrificio humano. Mirad bien á los novios. ¿Cuál de los dos en aquel momento es superior al otro? La mujer, sin ninguna duda. ¡Considerad todo lo que ella lleva! ¡todo lo que arriesga! ¡Qué mundo tan desconocido para ella! Pero tambien, ¡qué emocion! ¡qué turbacion! ¡qué actitud de plegaria! La han preparado, le han dicho que allí hay un misterio natural que es menester penetrar para estar en regla con Dios, para hacerse definitivamente mujer, para elevarse al título de madre. ¡Cuántos circunloquios! ¡Cuántas frases! ¡Cuántas metáforas!

La mujer lleva, pues, al casamiento la inocencia, una curiosidad indeterminada, un temor invo-

luntario, y lo que ella llama entónces amor. Mirad al hombre; sea campesino, artesano, comerciante, duque ó par de Francia, ciertamente en ese dia es cuando aparece más estúpido con su frac negro, su corbata blanca, y aquella atmósfera del peluquero que siempre le envuelve algo. ¿Comprende la grandeza y la eternidad del acto que va á cumplir? Ni siquiera lo sospecha. Está bajo la impresion del deseo ó del cálculo. Acaba de declararse perjuro y sacrilego, puesto que para contraer aquella obligacion definitiva ha debido, si es honrado (hé aquí una palabra de la cual se abusa mucho), ha debido sacrificar hasta en su pensamiento, y por de contado en la realidad, amores anteriores á los cuales tambien habia jurado eternidad. ¡Ay! ¡pobre hombre, estúpido y grosero, hé ahí lo que tú le llevas á esa doncella virgen de cuerpo y de alma! ¡Ese es el sacrificio que le haces tú! y eres sincero y leal la mayor parte del tiempo; tú crees que aquello debe ser así, y que todo marchará segun tú deseas. Eres jóven, eres robusto, eres juicioso desde que la haces el amor, á no ser que hayas enterrado tu vida de soltero la vispera, en compañía de tus amigos íntimos y de algunas muchachas alegres, de quienes querias despedirte ofreciendo un sacrificio á los amores profanos.

Por fin estás en regla con la ley, la Iglesia te ha echado su bendicion, la familia te quiere, y la Na-

turaliza ha sido pródiga contigo. Después de una comida breve, á la cual has convidado á tus testigos, á tus amigos íntimos y á todos los parientes, comida que es de etiqueta ó de broma, según la sociedad en que vives, ó según tu carácter, te marchas con tu novia, y vuestro es el mundo.

¡En fin, ya estais solos! Aquella criatura viviente te pertenece.

Su familia y la sociedad te la han entregado, después de haber ella declarado que tenía confianza en tí. Á la vez víctima y altar en el sacrificio que se va á ofrecer, espera al Dios de quien debe recibir la muerte y la vida, porque algo debe morir en ella, como también algo ha de nacer. Sólo ha consentido en salir del templo para subir más alto. Más allá del templo, sólo ve el cielo. Está pronta á remontarse á él contigo, sus alas están desplegadas; ¿en dónde están las tuyas? Ten cuidado; el momento es propicio.

Está intacta, muda, ignorante, turbada; pero es mujer, y es curiosa. Probablemente ocultará su rostro entre las manos, sin duda para que desde las alturas no la acometa el vértigo; ¿pero abrigas tú la seguridad de que tendrá constantemente los ojos cerrados, y que no apartará sus dedos para ver si la conduces adonde ella desea y adonde debe ir? Ciertamente que es muy interesante descubrir playas que ningún geógrafo conoce y plantar allí su bandera; pero tam-

bien hay riesgo de ser degollado por los salvajes como Cook, ó perderse en los escollos como Lapérouse. ¡Cuidado! Ten presente que andas por lo desconocido. ¡Quizás encuentres allí escollos y corrientes de los cuales no podrás salir; quizás haya por allá salvajes hambrientos de carne humana que te devorarán! ¡Quizás encuentres allí un ángel que se aperciba que no llegas del cielo, ni que vuelves á él! ¡Ten cuidado!

Ya no eres lo que hasta aquí, un hombre haciendo comercio de galanterías con una mujer ya adiestrada por uno ó por varios otros, que sabe lo que de ella quieres y lo que ella desea de tí, y de quien te librarás al día siguiente quizás.

Ahora eres el hombre enfrente de la mujer, tal como el primer día de la creación. Dios vigila, la serpiente acecha, el querubín con la espada de fuego en la mano espera á la puerta; en una palabra, has entrado en la lucha grande, en la lucha eterna de lo masculino y de lo femenino. En esta lucha, las armas no son iguales por ambas partes. En su cualidad de sér de forma, la mujer es pasiva y está á la defensiva; en su cualidad de sér de movimiento, el hombre va al encuentro y ataca. El hombre se vanagloria mucho de esta facultad particular, aunque es independiente de su voluntad, que tiene su libre albedrío y que es limitada. Es, sin embargo, su principal argumento para asegurar su triunfo definitivo. Así

es que se figura haber conquistado, cuando sólo ha conseguido derribar, y haber sometido porque ha vencido. Piensa que por su valor guerrero ha sido ó creído ser amado hasta aquel momento. Pero entonces se equivocaba como se equivoca hoy. Antes no era amor lo que le pedían, sino placer; hoy no le exigen el placer, sino el amor. Por último, uno de los muchos errores que padece el hombre, es el de creer que puede dominar á su mujer por medio de los sentidos.

No hay una mujer, por depravada que se haya vuelto, que no hable con terror, con vergüenza, con repugnancia y con tristeza de aquella primera realidad, si es que habla de ello; y las que más adelante llegan á saborear el placer, son tan escasas como las que en el primer momento se prestan á él voluntariamente.

Lo que tú ignoras es que no sólo tu mujer sino *la mujer*, la que aún es digna de llevar este nombre, estima muy poco al hombre mientras dura aquella momentánea apoteosis.

Es necesario para que participe de su embriaguez creadora, ó bien una disposición originaria de los sentidos, disposición que es poco frecuente, ó una iniciación progresiva. Las madres más fecundas suelen desconocerla; y hay mujeres adúlteras y cortesananas que se han perdido sólo por buscarla, y que mueren sin haberla experimentado. No te hagas, pues, ilu-

siones, figurándote que vas á encontrar en la esposa virgen esta disposición especial.

Si la tiene, tiembla por tu reposo, por tu honor y por tu vida; á no ser que habiendo tenido la desgracia de apoderarte del celeste fuego poseas el talento de dirigirlo, siendo al mismo tiempo Prometeo y Franklin, en cuyo caso te saludo y te proclamo señor. El Cáucaso es tu pedestal, y el buitre domesticado canta como un ruiseñor.

Lo que si es cierto es que por tierna y resignada que sea la esposa, el contacto definitivo del esposo ya la rebaja, puesto que aquel contacto la hace perder su integridad, su unidad de cuerpo y de alma, y determina, limita, precisa su ideal, perturbándola en sus sentidos y modificándola hasta en su forma. Se siente penetrada, por consiguiente decaída, y no participa de lo que ella da.

Se considera dos veces engañada: tal es su primera impresión, ó por mejor dicho, tal es el fondo de sus indefinidas impresiones que siguen á *tu* atentado y á *su* metamorfosis, porque en los primeros días no podría darse cuenta de lo que piensa: mas poco á poco vuelve á su ser natural, experimenta como una necesidad de tomar su revancha, y semejante al gato que encierran en una nueva habitación, después de esconderse un momento debajo de los muebles, empieza á examinar las paredes y olfatear las puertas; todo ello sin premeditación, por puro instinto nada

más. No tarda mucho en apercibirse, con una alegría fácil de comprender, que la victoria que el hombre acaba de conseguir sobre ella no ha sido verdadera, y que cuanto ménos le resista, mayor será su triunfo sobre él. Entónces se pasa la patita por el hocico: ¡ha descubierto donde están los ratoncillos! Hay que convencerse de ello; no en balde deja la Naturaleza toda su sangre fría á la esposa en los momentos supremos en que el esposo trata de hacérsela perder y la pierde él también. Entónces es cuando cerrando los ojos á medias examina ella á su vencedor, lo estudia y empieza á conocerlo. Para su esposo, el poder espontáneo, pero intermitente; convenido. Para ella, el poder continuo y duradero.

¡Primera banderilla para el hombre! ¿Pero y después? ¡Dichosa víctima! ¡Pobre verdugo! Entónces es cuando empiezas á oír aquellas palabras, de las cuales deduces que te has casado con una mujer juiciosa y sensata:

«Vamos, amigo mio, *ahora* es menester que te vuelvas á tus ocupaciones seriamente;» ó bien: «Tenemos que ver á la gente: he ofrecido á mi madre que iríamos á verla á su casa de campo; no tenemos que olvidar á nuestros amigos tampoco:» y por último: «¡Y si yo te anunciase una gran novedad! — ¿De veras? — ¡Sí! — ¡Oh, cuánto te quiero!»

Repara cómo desde aquel instante recobra sus antiguos modales de templo.

¡Qué vestidos tan largos, sin talle, arrastrando, parecidos á los de las madonas! ¡Qué actitudes tan graciosas y púdicas! Vamos, ahórrale toda fatiga, no le proporciones ninguna emoción. Ya no se trata de sentimiento, como con la jóven doncella, ni de embriaguez, como con la mujer: el sentimiento y la embriaguez han tenido su época y han desempeñado su obra.

Respetá á la madre, adórala y sírvela.

Toda la parte femenina de las dos familias, la tuya y la suya, se agrupan alrededor de ella para aislarla de tí. ¡Es tan inexperta, tan delicada!

Y no es á ella sola á quien perjudicaría una imprudencia, sino también al niño. De aquí en adelante ya sois tres. ¡No lo olvidéis! ¿Qué se ha hecho en este tiempo de tu necesidad de vencer y de tus heroísmos musculares? Querer imponérselos sería un crimen; llevarlos á otra parte sería una infamia. Por ahora se halla ocupada en otra cosa, está efectuando su última encarnación, se está haciendo madre.

Si la maternidad le agrada, cosa que no sabrá hasta después, te la volverá á exigir, descuida; si por el contrario no le agrada, no quisiera hallarme en tu lugar, porque no ocurrirá nada de halagüeño en la alcoba. Pero mientras tanto, ya no eres tú el que estás en ella, es el niño. Del mismo modo que se olvidaba de sus padres, cuando jóven doncella,

para pensar en tí, lo mismo te olvida completamente cuando piensa en él, es decir, en aquel desconocido nuevo, y no ignoras que la mujer está siempre hambrienta de todo lo ignoto. Hay más, y no tienes más remedio que resignarte; aquel mismo niño que lleva en sus entrañas no lo considera como de ambos, sólo es de ella. ¿Crees tú que ni siquiera por un momento acepta la igualdad de tu acción con la suya en la obra de la generación? ¿Eres acaso tú quien ha sacrificado el pudor? ¿Acaso eres el que sufres? ¿Serás tú destrozado hasta las entrañas? ¿Serás tú quien perderá la gracia de tus formas y la pureza de las líneas? ¿Eres tú quien se expone á la muerte? Aquel niño es suyo, sólo suyo, y si no ya lo verás cuando haya nacido. Y por otro lado, sea dicho entre nosotros, ¿qué impresión ha producido en tí la idea de que vas á ser padre? La Naturaleza ha hecho una de las suyas, y te quedas casi sorprendido de lo que sucede.

¿Recuerdas cuando eras soltero qué burla hacías de los hijos de los demás? ¡Lolo, dodo, dada! ¡Qué insoportables son! acostumbrabas á decir. Sí, pero eran hijos de otros. Bien.

Y durante los días que han de preceder al acontecimiento, el médico mandará que la mujer haga ejercicio para ayudar á la Naturaleza. ¿En dónde te hallarás entónces? Nunca habrás tenido más ocupaciones precisamente que en aquellos días. Dí la ver-

dad, no te atreves á ir con ella. Un marido que se pasea por las calles con una mujer embarazada de ocho meses y medio, con aquel tonelito del brazo, es grotesco, ¿no es así? Parece que va diciendo á todo el mundo: ¿Y bien, qué os parece? Yo soy, sin embargo..... Y todos te mirarian, y verias revolotear en los labios de los transeuntes las mismas bromas que en otro tiempo brotaban de los tuyos. Además, que ella tampoco tiene empeño en que la acompañes; todo lo contrario, prefiere que no estés á su lado; tu presencia la molestaria delante de los extraños; no es conveniente ni decoroso que un marido se presente en público con su mujer en semejante situación. Ella saldrá con su madre, con su hermana ó con una amiga. Hay una porción de detalles que no son para los hombres. Sin embargo, cuando vuelvas á casa no dejarás de llevar frutas, conservas, algunas primicias de legumbres, porque la señora tiene antojos.

¿Sabes lo que ella quisiera? Que el acontecimiento tuviese lugar durante tu ausencia.

Ella tendrá valor, está segura de ello; pero no tiene la misma confianza respecto á tí; eres demasiado impresionable, demasiado nervioso.

El médico también le tiene dicho que en semejantes casos el marido sirve más bien de estorbo que de utilidad. Los hombres no tienen suficiente valor para soportar semejante espectáculo. ¡Ah! si ellos tuvieran que sufrir por su hijo lo que las mu-

eres, entónces es cuando se veria que no son tan valientes como se cree. ¡Lo mejor sería que un dia al entrar en tu casa te hallaras al recién nacido fajado ya y arregladito en la cama al lado de su madre! ¿Pero no estás ya suficientemente alejado del círculo? ¿No basta ya el poco caso que hacen de tí? El niño viene al mundo; la madre vuelve en sí. ¿En quién piensa entónces? ¿En tí? No. En la criatura. ¿Es niña? ¿es niño? Enseñádmelo. ¡Angel mio! Y entónces, volviéndose hácia tí (si es que lo hace) te dice: he sufrido mucho, he creído que no me volverias á ver. Será menester que me quieras mucho, que me cuides, que me mimes; pues has de saber que voy á criar á mi hijo, porque lo he resuelto así.

¿Que lo vas á criar? ¡Pero eso es cuestion por lo ménos de diez ó doce meses! Entónces te vas á casa del médico y le dices que es preciso que él vea á tu mujer y la haga entrar en razon (ya necesitas del auxilio de alguno para hacerla entrar en razon): das por pretexto que ella es demasiado delicada, que eso la cansará, la estenuará y la estropeará; una campesina que sea bien robusta es cien veces preferible. Antés es la salud del niño que nada. Al médico sólo le dais estas razones, pero él adivina las demás. Doctor, póngase usted en mi lugar, etc., etc.

La mujer se resiste, quiere criar. Tendria un remordimiento eterno si no cumpliese con su deber; y si sucediera algo al niño, ella no se lo perdonaria

nunca. No hay nada para un niño como la leche de su madre. No basta dar el sér; es preciso darle la vida, etc., etc. ¿Qué puedes contestar á esto? Ya tienes broma para un año; y si te has portado bien en este tiempo, ¿serás admitido á ser padre otra vez? No por cierto, sino á hacerla madre.

Bajas la cabeza, te hallas vencido por lo femenino, el eterno femenino. Te ha empleado para la obra que tenia que hacer, te atrae, te seduce, te utiliza, te aleja, te vuelve á tomar ó te elimina, segun sus exigencias de destino y funciones. Y ten entendido que siempre es lo mismo, cualquiera que sea el terreno en que te encuentres con la mujer. Nunca te toma por tí; siempre para ella.

Te haré observar una cosa; y es, que la mujer que acabo de describirte es todo lo mejor que puedes hallar y desear para esposa. Despues de haber sido del templo, pertenece verdaderamente al hogar, y permanece en él lealmente, radiante para siempre con el resplandor de su primitivo estado. Está en armonía, no sólo con la Naturaleza, sino tambien con la religion y la sociedad. Es la verdadera esposa y la verdadera madre. Sigue derecho su camino en este mundo, Dios por encima de ella, su marido al lado, sus hijos alrededor. A cualquiera esfera que pertenezca, mujer de la córte ó mujer del pueblo, vive y muere en equilibrio.

Si eres de los *que saben*, al momento la conoces

y te das á conocer de ella, os habeis entendido, os habeis confundido, y no habeis tardado en formar un sólo sér: el Hombre-Mujer de la creacion primera.

Si estás en el número, é indudablemente lo estás, pues de otro modo nada tendria que decirte, si estás en el número de los *que no saben*, y á pesar de ello la hayas conseguido por conveniencia social, ó ella te ilumina de repente y te rehabilita (*ex labris feminæ spiritus*), pero siempre quedando superior á tí, ó reconociendo que siendo del mismo grupo no vales más que los otros, aunque exteriormente te respetará poco á poco, te irá alejando de su vida interior, contentándose con hacerte servir para sus funciones. Te suprime como esposo real, te limita como padre efectivo, te acepta y te utiliza como generador; y despues de esto te envia al campo, al trabajo, á la ambicion, al placer, haciéndote gravitar dentro de su atmósfera, impidiéndote que te pierdas en tus caprichos, declarándose sola responsable ante Dios y la sociedad. Ella te cuida si estás enfermo, te consuela y te compadece cuando eres desgraciado, te entierra y te glorifica cuando mueres; y te describe á sus hijos tal como *hubieras debido* ser en realidad, tal como deben conservarte en su memoria; y cuando ella á su vez muere, despues de tí, y te encuentra llamando inútilmente á las puertas del cielo, dice á Dios: «Señor, dejad entrar á este hombre, yo le conozco, y no es malo.»

Y esta mujer es la que se considera como superior, relativamente se entiende. Da gracias al cielo por habértela concedido, pues no la merecías.

Sin ella hubieras hecho lo que hacen los estúpidos de tu especie que no han tenido la suerte de encontrarla; hubieras amontonado ruinas sobre ruinas y desastres tras de desastres. De estas mujeres existen más de lo que supone la generalidad, y aún habria más si el hombre conociese mejor á la mujer, y si no dejase, en nombre de sus falsos intereses y de sus goces ficticios, perderse en el celibato, en un trabajo excesivo, en la miseria y en la corrupcion á una gran parte, la mayor quizás, de ese elemento de vida, de fecundidad y de amor. Son pocas las mujeres que en un momento dado no sientan ó no hayan sentido en su interior un valor disponible, espectante, utilizable, y que no hayan llamado con amor, con desesperacion y hasta con amenazas al único motor con que cuentan, al hombre, porque ántes que todo deben ser madres, y no pueden serlo sin él. De aquí el mérito de la mujer y su marcada superioridad sobre el hombre, cuando no habiendo encontrado al verdadero esposo, ni al padre verdadero en el que se ha casado con ella, termina allí sus pesquisas, y permaneciendo esposa intachable se constituye madre y padre á la vez.

De aquí tambien nace su derecho de quejarse y de vengarse del hombre, cuando éste la desprecia en

su valor natural, no se la asocia por el casamiento y la estimacion, y quiere aprovecharse con riesgo sólo de la mujer, de las debilidades, de los extravíos, de las decadencias, cuando él sólo ha sido la causa de ellos.

Entónces, todo le es permitido á la mujer. Y cuando se oye á los hombres trinar contra las cortesanas que los engañan, los despojan y los envilecen á ellos y á sus hijos, conveniente y justo es reirse en las barbas de esos usureros del alma, que quieren á todo trance recoger amor y felicidad allí donde sólo han sembrado ira y odio.

Hay tambien otra verdad absoluta que la mujer no dice, cuando empieza la lucha, por no dar á su adversario derechos de los cuales podria abusar; esta verdad consiste en que si en voz alta exige al hombre que sea su esclavo, por lo bajo le pide que sea su amo, pero amo fuerte, apacible y justo, que ella sufrirá, á quien amará y honrará sinceramente, cuando ya lo haya aceptado y reconocido como amo. No quiere ser apresada, sino conquistada, y tiene razon.

Vencida de una manera leal é inteligente, se somete para siempre al hombre y forma alianza eterna con él; mal comprendida ó aplicada mal, es siempre indiferente ú hostil. Y la superioridad que la mujer exige al hombre, no tiene ninguna relacion con la superioridad social; es esencialmente moral. Ella no pide al hombre á quien quiere amar que sea supe-

rior á los demás hombres; más bien lo temeria: sólo le exige que sea superior á ella. Desde el momento en que ella le obedezca, lo juzgará capaz y digno de poder mandar á todos. Y esto explica por qué tantos hombres oscuros y desconocidos han sido amados y por qué lo han sido tan poco muchos hombres célebres. En todas las mujeres hay algo de Jimena; solamente que el combate del cual desea que salga vencedor su Cid, y cuyo premio debe ser ella misma, es el combate que empeñan ambos esposos. Y se estima ella en tan alto precio, que no duda, despues de vencida, que no sea él capaz tambien de vencer á todos los castellanos y navarros del mundo.

Tal es la mujer, el fondo de la mujer, si me es dado explicarme de este modo; mas esta mujer, una como forma, como funcion y como ideal, recibe constantes modificaciones en su superficie por las influencias ambientes, por la educacion, por la esfera en que vive, por la mezcla de razas, por la familia; en fin, por mil fatalidades que sufre sin poderse dar cuenta de ellas, y sobre todo por la ignorancia del hombre que casi siempre le exige lo que ella no puede dar, y le trae otra cosa que lo que ella desea.

En resumen; hay la mujer, tal como la ha hecho la Naturaleza, y hay las mujeres segun las hace la sociedad. Son dos clases distintas que no hay que confundir cuando se hacen observaciones, por más esfuerzos que instintivamente hacen las mujeres fic-

ticias para hacer creer que son la verdadera mujer. No hay que dejarse engañar. Esta es un elemento, es decir, un cuerpo simple, y por consiguiente no susceptible de descomposicion; las otras son mezclas, mixturas, combinaciones químico-sociales, de las cuales sólo el religioso, el observador, *el que sabe* pueden extraer el elemento divino, latente ó reservado; pero mientras este elemento no se desprenda, ellas perturban, embriagan, adormecen, asfixian, exasperan, disuelven y volatilizan á los falsos varones, á *los que no saben*, sin conseguir reconcentrarse en sí mismas. De esta confusion, de lo ficticio con lo real, salen las comedias, los dramas, las tragedias del amor, de donde el literato saca su alimento, su fortuna y su fama, secundado por el predominio que da á los sentimentalismos vagos sobre las verdades fundamentales esa confusion seductora y peligrosa para los demás, pero fecunda para él.

Acabamos de admitir la hipótesis más feliz para el hombre, la del casamiento en donde ha encontrado á la mujer, es decir, al sér utilizable y susceptible de funcionar, que sólo le exigirá el medio de pagar á la Naturaleza el tributo que ésta le exige: la maternidad; pero hay que admitir el caso mucho más frecuente en que en vez de asociar á sí la mujer, el hombre se une á ella, formando una de esas combinaciones químico-sociales, de las cuales hemos hablado anteriormente.

Estas susodichas combinaciones son las que contrarian y descomponen la famosa clasificacion social de: *Mujeres del templo, mujeres del hogar, mujeres de la calle*. La Naturaleza hace ella tambien la misma clasificacion; pero en vez de decidir por lo exterior, se guia por lo interior, de manera que sus fallos son irrevocables.

Como lo llamado civilizacion ha producido en todos tiempos grandes trastornos humanos, las naciones que estaban más distantes unas de otras han entablado relaciones casi siempre por medio de la guerra; despues de haber chocado, los pueblos se han conocido, y las razas en que ya se dividia la especie se han cruzado. Así es que hay en nuestra sociedad moderna, especialmente despues de estos últimos siglos, individuos que provienen de los cruzamientos de dos ó tres, quizás de cinco razas con sus variedades, que contienen en sí, en proporciones más ó menos iguales, los caractéres atenuados, pero permanentes, de los diferentes tipos de donde proceden. Si á esto se añaden las tradiciones, las educaciones, las religiones, las pasiones, las costumbres y los usos peculiares de los grupos y de las familias á las cuales han pertenecido sus antepasados, llegareis á descubrir las mezclas más extraordinarias dando unos productos los más heterogéneos y á veces los más contradictorios en la esfera en que se hallan colocados. Cuando se procede á la obser-